MIÉRCOLES – XXXII T.O. CICLO B, 14 de Noviembre de 2012.

«Levántate, vete; tu fe te ha salvado.» (Lucas 17, 11-19)

A los diez leprosos les unía la terrible lepra que les mataba física y socialmente. Aislados y rechazos como malditos, deambulaban por el desierto hasta que la muerte les librara de sus tormentos. Un pequeño grupo se enteró que aquel predicador de quien se comentaban curaciones extraordinarias llegaría a un pueblo cercano. Acudieron presurosos y, desde lejos, le gritaron su demanda: *"¡Jesús, maestro, ten compasión de nosotros!"*

Sabemos el desenlace. Cómo quedaron sanos de camino al templo y cómo solamente uno entre ellos, un samaritano, volvió para dar las gracias. Y fue justamente en él que la curación se transformó en salvación, en sanación integral.

Se trata de un texto particularmente luminoso a la hora de comprender la misión Hospitalaria. Las personas que atendemos, como los diez leprosos, vienen a nosotros en busca de salud. Y ese es nuestro primer cometido; acogerles y buscar las formas más adecuadas para curarles e integrarlos nuevamente en la sociedad.

Pero hay algo más que podemos y debemos ofrecerles, a aquellos que así lo deseen: la salvación de Jesús de Nazaret. Salvación que se traduce como respuesta a la búsqueda de sentido de sus vidas desde el encuentro personal con el Señor.

El Evangelio nos sugiere que son minorías los que se abren a esta posibilidad. Es más, deja en evidencia que es justamente aquel considerado ateo y blasfemo, el samaritano, el único que regresa y junto a la sanación obtiene la salvación.

Ambas circunstancias son particularmente sugerentes. Por un lado nos invita a la no discriminación y a cultivar una actitud de oferta generosa de la sanación. Por otra parte, nos recuerda que debemos estar atentos para acoger demandas de carácter espiritual.

¿Quiénes son los destinatarios de nuestra atención espiritual y religiosa? ¿Los bautizados, los creyentes practicantes, los que confiesan públicamente su fe? Sin duda alguna ellos lo son, pero también pueden serlo aquellos que "a priori" están alejados de todo proyecto salvífico. Es más, el Evangelio nos recuerda que, en no pocas ocasiones, estas personas supuestamente ajenas a la salvación, pueden ser particularmente sensibles ante sus necesidades espirituales.

Por identidad eclesial y por carisma, la Hospitalidad debe conjugar adecuadamente su oferta tejida de *"ciencia y caridad"*, traducida como calidad asistencial y una atención amorosa que da paso a la acción de Dios en la vida de nuestros destinatarios.

Danilo Luis Farneda Calgaro
pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL